
PARA LA INVESTIGACION DE ESTRUCTURAS GRANDES, PROCESOS AMPLIOS, Y COMPARACIONES ENORMES

Emilio J. Castilla

University of Lancaster, Gran Bretaña

RESUMEN. A lo largo del siglo XIX, grandes cambios sociales, políticos y económicos —y su incompreensión— crean el contexto idóneo para el surgimiento de un aparato científico-ideológico peculiar con el que analizar y explicar esa compleja realidad del momento. En el presente artículo se critican los modelos de estudio estándar de las Ciencias Sociales (en concreto, la investigación social de grandes estructuras y procesos sociales), formulados y aplicados a partir del siglo pasado. Se cuestiona la validez del conjunto de postulados metodológicos fruto del pensamiento social decimonónico. Ello es un paso previo para que se empiece a pensar en un nuevo sistema de investigación social con el que superar los graves desaciertos y errores de la metodología social tradicional. Como alternativa para el estudio de estructuras y procesos amplios, se propone un programa de interpretación social que promueva la comparación sistemática y crítica, y el análisis con base histórica. Este consiste precisamente en potenciar un instrumental científico innovador, que descarte las generalizaciones como objetivo último del estudio social, y que también comprenda los procesos de modernización de las últimas décadas.

Dentro del campo de las doctrinas sociales, la caída de los paradigmas dominantes durante los años sesenta genera un vacío teórico difícil de llenar. Esta misma ausencia provoca que la mayor parte de los/as científicos sociales, a pesar de la confusión e indefinición metodológica general, persistan en sus pretensiones investigadoras clásicas. De esta forma, en los estudios emprendidos por los/as teóricos actuales se tiende a incurrir en dos graves desaciertos. Por un lado, el científico/a se siente tentado de buscar un refinamiento intelectual elevado en su análisis social. Para ello

cubre sus estudios con un atractivo formal enmascarador y a menudo lioso. Influenciado por sus colegas, considera poco el cambio de situación y se inclina hacia la preeminencia de las formas sobre el contenido, así como de las técnicas sobre el fondo del problema. En esta línea de trabajo trata de buscar comparaciones brillantes, cada vez más afinadas. Además, contempla una serie indeterminada de casos, hace referencias a varias ideas y asociaciones y, en general, a variables dinámicas múltiples que son explicativas del proceso a estudiar. El resultado de ese tipo de análisis es lógico: los capítulos están llenos de complejidades, contradicciones y de dudas importantes.

Junto con esta aspiración de descripción de teorías sobre procesos sociales a gran escala aparece también un sentimiento de desesperación e intranquilidad intelectual por parte del analista. Ante la imposibilidad de lograr generalizaciones a partir de fuentes y variables de estudio numerosas experimenta el sin sentido del investigar. ¿Para qué intentar construir teorías precisas sobre *procesos amplios* y *estructuras gigantes* si la propia experiencia social muestra la imposibilidad de tal propósito? ¿Por qué engañarnos en pensar que a partir de un grupo homogéneo de casos de la realidad social vamos a poder inducir una teoría simple e integradora de la veracidad de enunciados universales sociales? ¿Cuáles son los límites de la generalización? ¿Cuáles deben ser los límites de la concreción a nivel de la investigación social contemporánea?

EN TORNO A TILLY

Para solucionar algunas de estas cuestiones sobre investigación social se puede profundizar y reflexionar sobre aportaciones como la reciente del sociólogo Charles Tilly. Si no se logra solucionar este desorden en el método de indagación social, sí que al menos se habrá cuestionado los presupuestos arraigados de eficacia y fidelidad con el objetivo primero de las Ciencias Sociales. Es, pues, un primer paso importante para que se empiece ya a pensar en descubrir una nueva alternativa metodológica en los análisis sociales del siglo xx. Tilly sostiene que la intención del teórico/a social de abarcar la totalidad de la realidad o de cierta esfera social es equívoca. La tendencia simplificadora de las generalizaciones a la hora de concebir la naturaleza del cambio social delata esta propia ineficiencia analítica de la que escribe Tilly¹.

Pero los problemas de concepción y metodología son aún más importantes. Tanto las nuevas tecnologías como los experimentos estilísticos

¹ El texto básico que se debate aquí es el Charles TILLY, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (Madrid: Alianza Editorial, 1991), 204 pp. La edición original del libro es Charles TILLY, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1984), 204 pp. La traducción es de Ana Balbás.

propios del siglo XX adolecen de una cierta dependencia ideológica decimonónica. Muchas de las teorías sociales existentes sobre cambio y organización social, así como numerosas instituciones que se presentan como propias de la era actual, aparecen dominadas por los idealismos del Ochocientos. La paradoja a la que se enfrentan los/as pensadores sociales es significativa: la evolución económica, social y política del siglo XIX afecta de manera profunda el presente y parece que todavía afectará más al futuro. El consejo es claro: «Debemos agarrarnos a los problemas planteados en el siglo XIX, pero huir de su aparato intelectual» (p. 80). Es ingenuo pretender entender la dinámica social de hoy en día a partir de las concepciones legadas por la centuria pasada.

El libro de Charles Tilly *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* es una propuesta de solución a la confusión metodológica actual. Critica muchos de los modelos y metodologías de estudio estándar de las Ciencias Sociales. Como alternativa a tales paradigmas defiende la reconstrucción de un equipamiento intelectual válido en función siempre de las exigencias actuales del entorno social dada su complejidad. Este instrumental analítico es imprescindible que entienda la evolución social importante de los últimos siglos para poder así investigar el hoy y quizá el mañana. Ese equipamiento intelectual, alternativo a las ideas decimonónicas fruto del simplismo analítico y del cientifismo rígido, permite la comprensión de los grandes cambios que experimenta el mundo del siglo XX: formación y perfeccionamiento del Estado moderno, supuesto proceso de democratización mundial, evolución del comercio internacional. De nada sirve intentar descubrir y reflexionar acerca de las consecuencias de los cambios sociales de los siglos pasado y presente cuando aún se desconoce cómo analizar científicamente las primeras causas motoras de tales procesos sociales. Comprender esos cambios, cuyas consecuencias persisten en la actualidad internacional, debe ser el motivo primordial de un análisis sistemático y reflexivo de procesos amplios, estructuras grandes y comparaciones enormes entre diferentes experiencias sociales.

Con esta responsabilidad científica, el libro, publicado originalmente en el año 1984 (en Nueva York), plantea una crítica constructiva de los postulados asimilados por las disciplinas sociales desde el siglo XIX. A la vez propone una reformulación de objetivos y una renovación metodológica dentro de las Ciencias Sociales. Gramsci advirtió que la crisis se produce cuando lo viejo no acaba de morir, y lo nuevo no acaba de nacer. La contribución de Tilly, enmarcada en materia de sociología histórica², ofrece las claves para rechazar los modelos de organización y cambio social ya

² Junto con obras de autores como Reinhard BENDIX, «Concepts and generalizations in comparative sociological studies», *American Sociological Review*, 28 (1963): 532-539; *Estado Nacional y ciudadanía* (Buenos Aires: Amorrortu, 1976); *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* (Berkeley: University of California Press, 1978); Barrington MOORE, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (Barcelona: Península, 1976); *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt* (Nueva York: Sharpe, 1978); Theda SKOCPOL,

desfasados. Inicia también las posibles vías de desarrollo y perfeccionamiento de la investigación social.

¿Cómo y por qué se codificaron esos primeros modelos? El escenario de la génesis del cientifismo social decimonónico es valioso y aclaratorio en sí mismo. A lo largo de la centuria pasada, los cambios —y su incompreensión— crean el contexto adecuado para que cristalicen muchas de las ideas perniciosas para el análisis de grandes estructuras, amplios procesos sociales y enormes comparaciones. Los/as intelectuales recurren a una serie de argumentos explicativos como reacción a los fenómenos de cambio que están ocurriendo a su alrededor, un conjunto de fenómenos donde la misma novedad despierta ansiedad. Emprenden así la construcción de modelos de estudio, y de técnicas de análisis, que intentan comprender esa realidad social fruto del modelo de acumulación capitalista del siglo XIX³.

«A critical review of Barrington Moore's social origins of dictatorship and democracy», *Politics and Society*, 4 (1973): 1-34; «Wallerstein's world capitalist system: A theoretical and historical critique», *American Journal of Sociology*, 82 (1977): 1075-1089; *Los estados y las revoluciones sociales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984); Inmanuel WALLERSTEIN, *El moderno sistema mundial* (Madrid: Siglo XXI, 1979 y 1984), 2 vols.

³ A lo largo de la historia, el capitalismo se ha caracterizado por su tendencia peculiar a la internalización del capital con el fin de ampliar y desarrollar las bases de acumulación y de reproducción del sistema económico. En una etapa inicial, la expansión del capitalismo está vinculada a la internalización del capital comercial. Se produce así un crecimiento extraordinario en el comercio de bienes y servicios a nivel internacional (el comercio exterior de los países evoluciona más rápidamente que la producción). Avanzada la segunda mitad del siglo XIX, también se asiste a un importante proceso de internalización del capital-dinero (capital financiero). Se detecta por el gran auge de la exportación de capitales hacia otros países extranjeros. Los flujos monetarios, que aumentan considerablemente en ese período desde los centros capitalistas «viejos» hacia los países periféricos, se destinan casi de un modo exclusivo a la explotación de los recursos naturales (primordialmente actividades extractivas de primeras materias que generan gran rentabilidad). Desde entonces, esta implantación en las economías del capitalismo periférico de un modelo primario de exportación inicia, como señala André G. Frank, el «desarrollo del subdesarrollo», o la expansión estructural del «capitalismo bastardo», como apunta Furtado. Nacen países que se especializan en la producción no industrial, a la vez que ocupan una posición periférica en la división internacional del trabajo. Otro rasgo importante del modelo de acumulación capitalista es la tendencia del capital a su concentración y centralización. Efectivamente, se produce un fenómeno de incremento de la suma de capitales invertidos en bienes de equipo e instalaciones, investigación y desarrollo (concentración de capital). También se generaliza e intensifica el proceso de fusión o absorción de diferentes empresas, multiplicándose la dimensión de las mismas. Este tránsito progresivo del capitalismo de libre concurrencia al capitalismo oligopolista delata ya la innata tendencia «al abuso de poder por parte del capital», como señala Broseta. Para profundizar sobre el tema, véanse Samir AMIN, *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales* (Barcelona: Anagrama, 1974); André G. FRANK, *El desarrollo del subdesarrollo* (Barcelona: Anagrama, 1971); *World Accumulation, 1492-1789* (Nueva York: Monthly Review Press, 1978); *Dependent Accumulation and Underdevelopment* (Nueva York: Monthly Review Press, 1979); C. FURTADO, *Teoría y política del desarrollo económico* (México: Siglo XXI, 1979); A. G. KENWOOD y A. L. LOUGHEED, *Historia del desarrollo económico internacional: desde 1820 hasta nuestros días* (Madrid: Istmo, 1973); Enrique PALAZUELO *et al.*, *Estructura económica capitalista internacional: el modelo de acumulación de posguerra* (Madrid: Akal Universitaria, 1990); Raúl PREBISCH, *Capitalismo periférico: crisis y transformación* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981).

Como resultado de esta preocupación intelectual por los cambios, y por la evolución mundial de los últimos siglos, surgen ideas acerca de la progresiva diferenciación como proceso generador principal de la evolución social. Esas ideas convergen en teorías; teorías que, a su vez, plantean el levantamiento de un aparato científico-ideológico peculiar. Queda de este modo postulada una respuesta intelectual única iniciada en la centuria pasada ante el asombro y el miedo por el desorden.

Llaman la atención la expansión industrial, la concentración de la población en las ciudades, la desindustrialización rural (con la consecuente agravación de las diferencias campo-ciudad), la revolución en los transportes y la mecanización progresiva de los procesos productivos⁴. Son procesos tan amplios y complejos como para que los/as detentadores del poder se den cuenta de que escapan de sus manos. A todo ello hay que sumar el establecimiento de un proletariado (calificado de inmoral) que crece ya desde hace unas décadas alentado por un malestar social en expansión. Lo más peligroso son los efectos de un desorden social potencial, fuente motriz en contra de las bases estructurales del capitalismo. El cambio cuestiona en esos momentos la tradición moral y la política del orden público. Incluso amenaza con romper los dos pilares últimos del modelo de acumulación capitalista: el derecho de propiedad y el Estado⁵. «Se estaba produciendo la desintegración de las formas tradicionales. Al menos eso pensaban ellos» (p. 17). Con el capitalismo y el Estado contemporáneo en rápida transformación, los/as pensadores burgueses se afanan por comprender lo que pasa e intentan proponer teorías explicativas de esa situación.

El aparato burgués ideado para el análisis del cambio social es simplista, y se basa en el sentido común. El cambio social contemporáneo es postulado como resultado de dos fuerzas únicas. Son las fuerzas de diferenciación y de integración, que deciden en lucha continua cuál será el resultado de tal cambio, orden o desorden. El triunfo supuesto de los mecanismos diferenciadores sobre los objetivos de integración lleva al desorden, que es una amenaza para el conjunto de estructuras coherentes y frágiles (y, sobre todo, una amenaza a la seguridad burguesa urbana). Este esquema burgués sobre equilibrio entre fuerzas de diferenciación y de

⁴ En la época existía una gran preocupación por los fenómenos de mecanización de las fábricas. Johan Weinmann en 1849 declara (citado por Charles Tilly en la p. 17 del texto): «Las máquinas están acabando con todas las clases.» Eran muchos los que compartían ideas tales como que la máquina era «la destructora de hogares, la ruina de la juventud, la inductora del lujo, la culpable de la destrucción de los bosques, la pobladora de talleres, y muy pronto la compañera de las sublevaciones generales» (Edward SHORTER, «Middle class anxiety in the German Revolution of 1848», *Journal of Social History*, 2 [1969]: 189-215).

⁵ Este tipo de Estado es cada vez más interventor en las diferentes economías nacionales. Además, con su función de defensor de los intereses de la sociedad —función legitimadora, según O'Connor—, se ocupa del orden público y, en concreto, de suavizar los conflictos de clase. Véase J. O'CONNOR, *La crisis fiscal del Estado* (Barcelona: Península, 1981).

integración es el aplicado al análisis de las organizaciones y del cambio social y sus consecuencias.

Este es el marco teórico que sirve de base para el surgimiento y desarrollo de las disciplinas de las Ciencias Sociales tal y como las conocemos hoy. Así se construye la teoría de los Estados por los/as científicos políticos, la teoría de la estructura capitalista mundial por los/as economistas, y la teoría sobre las sociedades que se integran en Estados nacionales por los sociólogos/as. En mayor o menor grado, cada disciplina se suma a la corriente evolucionista propia del siglo XIX. El problema se presenta cuando los grandes cambios de organización y nuevo ordenamiento (o desordenamiento) de finales del XIX y principios del XX se evidencian incapaces de ser comprendidos por el bagaje metodológico decimonónico. No sólo demuestran su ineficiencia científica a la hora de explicarlos, sino que, además, reinstauran respuestas dogmáticas donde no debería haberlas. La cuestión no es tanto descubrir esa invalidez para entender los cambios que hoy perviven a escala mundial, sino más bien para evitar que esas ideas impregnen (aún inconscientemente) los proyectos intelectuales del siglo XX. Son procesos, concepciones e ideas que hoy en día continúan siendo influyentes. Charles Tilly expone a lo largo del libro los errores ideológicos y conceptuales del análisis decimonónico. Su libro se presenta como juez y verdugo del conjunto de postulados perniciosos que los/as científicos sociales hemos heredado del XIX. Demuestra las ilusiones (e incluso alucinaciones) en que incurrían esos principios⁶.

¿Debe perdurar esta vía de investigación en las Ciencias Sociales? Se presenta como urgente el poner en cuestión tales reglas de oro de la investigación social perniciosa y demostrar su invalidez. Argumentados los motivos de tal invalidez como cuerpo conceptual básico de estudio, la práctica debe llevar a la superación de tales teorías. ¿Pero cuáles son este conjunto de estamentos o postulados perniciosos del pensamiento social del siglo XIX legados al científico/a de nuestro siglo actual? En su globalidad pueden agruparse en ocho ideas. Precisamente la unidad o conexión de esos ocho postulados (y, en general, del pensamiento en el siglo XIX) se basa en la división radical entre *fuerzas del desorden* (decadencia, diferenciación, tensión, violencia, anormalidad, conflicto) y *fuerzas del orden* (sociedad, integración, satisfacción, control legítimo, funcionalidad, normalidad). Aunque desde los años cincuenta las teorías clásicas se desligan del debate académico acerca de los procesos sociales amplios, los ocho postulados erróneos, aún con distinto grado, persisten en los estudios de los/as especialistas sociales. Es el momento de que se erradiquen del horizonte científico de la investigación social de estructuras, procesos y comparaciones.

⁶ Sigmund FREUD, *El malestar en la cultura* (Madrid: Alianza, 1979); José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas* (Madrid: Alianza, 1979). Las ediciones originales de ambos libros son de 1930.

OCHO POSTULADOS ERRONEOS

La primera idea errónea concebida en el siglo XIX es la que considera a la *sociedad como una cosa aparte*. El pensamiento decimonónico contribuye a dividir el universo social en diferentes sociedades particulares, cada una de las cuales posee un gobierno determinado, de cultura y tradición propias, con una estructura económica y política, una moral y una ética intrínseca, y una solidaridad más o menos arraigada.

Debe acentuarse la necesidad de descartar a las sociedades como entidades artificiales coherentes y autónomas (y, en consecuencia, poco reales). «La mayor victoria de la Sociología como disciplina académica trajo consigo su mayor derrota como empresa intelectual» (p. 37). El definir la «sociedad» como entidades separables denominadas sociedades permitió que la sociología justificara sus estudios. Ahora bien, los procedimientos para delimitar estas sociedades diferentes topan con dificultades enormes cuando se trata de demostrar la existencia de tales límites sociales establecidos por los diferentes métodos. Tres de los procedimientos usuales empleados para identificar a las sociedades en Sociología y Antropología —mediante la distinción de los límites de los estados nacionales, las declaraciones y/o voluntades tácitas de las comunidades locales, o las líneas occidentales fruto de las conquistas— parecen ir en contra de los propios elementos componentes de una «sociedad» (es decir, las creencias comunes, deberes y obligaciones mutuas, sistemas de producción).

Cualquier criterio a la hora de definir una sociedad, como el criterio espacial o cultural, son insuficientes para explicar este concepto de sociedad como sistema autónomo, organizado e intradependiente. «Hacemos bien entonces en abandonar la noción de sociedad como sistema autónomo» (p. 42). Mejor es adoptar el concepto alternativo de *relaciones sociales múltiples* (algunas muy localizadas y otras a escala mundial). Es inconsistente tomar a la totalidad del mundo como unidad de análisis, pero no lo es tanto, sin embargo, el considerar el mundo como un todo interrelacionado. Por lo tanto, identificar estas conexiones existentes y analizarlas científicamente debe ser el afán del estudioso/a social actual.

En segundo lugar, los/as investigadores sociales construyen gran parte de las técnicas del siglo XIX sobre el supuesto de que los *sucesos mentales individuales* (condicionados por la vida en sociedad) *constituyen las unidades sociales básicas*, puesto que originan el comportamiento social. La encuesta, instrumento empírico acerca de la vida social por excelencia, es un intento de recoger y agrupar todos y cada uno de estos sucesos individuales dentro de una estructura social. Casos y cuestionarios son la fuente de análisis para los/as científicos sociales.

Sin embargo, esa concepción está relativamente equivocada. Del mismo modo que los mercados reales están compuestos de relaciones sociales

esporádicas o continuas entre diferentes personas, cualquier otra estructura social también se compone de interacciones entre personas. No tiene sentido hablar de orientaciones individuales. Hay que tratar más bien de lazos, de *relaciones sociales* (que, tal y como define White, son las unidades elementales tanto de las *categorías* sociales como de las *redes*)⁷. El comportamiento social no es producto del impacto de la sociedad sobre las mentes individuales (condicionadas por la vida en sociedad), sino de las relaciones sociales (relaciones entre los seres humanos y los grupos).

Se plantea un problema importante. Si el reconocimiento de las relaciones sociales (y no las personas) como unidad social básica parece lo más acertado y correcto, ¿qué se hace con todos los modelos de acción racional de los seres humanos a la hora de explicar el comportamiento social? ¿Deben ser descartados como ineficaces? Quizá no haya que ir tan lejos. Se tiene que reconocer que el supuesto de elección racional de cada uno de los actores sociales ha permitido conceptualizar el comportamiento social con sencillez y con resultados satisfactorios (como ejemplo está la teoría del consumidor en microeconomía —dado el supuesto del *homo economicus*—), sin que ello suponga una ficción excesivamente errónea. No obstante, se observa cómo estos modelos y teorías existentes no aportan explicaciones acerca de esa interacción social. La teoría de juegos proporciona una salida posible, siempre y cuando la simplificación haga factible el tratamiento tanto de dos o más partes como de su interacción mutua e ineludible.

La teoría de juegos posibilita el generalizar a la hora de tratar estructuras grandes y procesos amplios. Asumida la existencia de las interacciones estratégicas en los procesos sociales, la teoría de juegos permite pasar de los sucesos mentales individuales a las relaciones sociales sin que por ello se diluya el supuesto de acción racional.

El tercer postulado decimonónico es el que concibe el *cambio social como un fenómeno coherente y general*. El cambio social es un concepto que reúne procesos diversos entre sí y entre los cuales se manifiestan unas conexiones diferentes y poco especiales. Por esto se deben descartar preceptos que definan el cambio como fenómeno único y coherente.

Los/as científicos sociales carecen de uniformidades significativas y conceptualizadas que permiten aplicar la generalidad empírica de Newton en el estudio de los procesos sociales. Es inaceptable elaborar, pues, modelos generales sobre el cambio social, y, sin embargo, se siguen elaborando. Una de las versiones más extendida a través de la cual se manifiesta esta creencia decimonónica es la de los análisis y estudios que realizan estima-

⁷ Harrison White distingue dos elementos del análisis social: categorías y redes. Una población puede ser calificada como *categoría* cuando sus miembros comparten unas mismas características. Mientras que una población forma una *red* cuando sus miembros están interrelacionados como consecuencia única y exclusiva de la existencia de un vínculo social. A su vez, una población también puede constituir una *catnet* (categoría y red, en inglés), y que en castellano bautizaríamos como «*catreds*».

ciones sobre las relaciones entre variables agrupadas a nivel regional, nacional (como es el caso del PNB, edad media, población activa dedicada a cada uno de los sectores económicos e índice de alfabetización). El mero hecho de confiar en tales estimaciones muestra ya el abuso en la idea de generalidad y coherencia del progreso social.

Otro de los paradigmas legados —el cuarto— es la *teoría de los estadios del cambio social*. En síntesis, esta teoría afirma cómo los principales procesos del cambio social a gran escala mueven las sociedades hacia una sucesión de estadios clásicos (en esta ordenación de estadios cada uno es más avanzado que el anterior). La coherencia interna y la normalización de las experiencias latentes en dicha teoría se desvanecen nada más observar la vida social real.

Los modelos convencionales de desarrollo económico y político especifican los estadios que tiene que atravesar toda sociedad en crecimiento, caracterizan cada uno de estos estadios y catalogan los diferentes estadios de la vida real en los previamente postulados. El abandono general de las teorías del desarrollo, la refutación empírica y la elaboración de contrateorías que introducen las dependencias entre las distintas formaciones sociales, los procesos económicos mundiales y, recientemente, la protección del medio ambiente (modelo de desarrollo volcado en el principio de desarrollo sostenible respetuoso con la naturaleza) aceleran el rechazo sistemático de las teorías de los estadios.

Un ejemplo de teoría de los estadios resulta del mismo Comité de Desarrollo Político. Dicho Comité intentó construir, comprender y aplicar un esquema de cinco estadios. Este esquema introduce las fases por las que pasa todo Estado en vías de desarrollo. Cada estadio se alcanzaba mediante la superación de cinco crisis particulares: crisis de identidad, de legitimidad, de participación, de penetración y de distribución.

Una corriente importante acerca de la naturaleza del desarrollo político y económico es la presentada por Walt W. Rostow —en sus obras fundamentales como son *El proceso del crecimiento económico* (1952) y *Las etapas del crecimiento económico* (1960)—. Según este autor, el subdesarrollo es el resultado de un atraso temporal respecto a los países industrializados avanzados. Esta concepción del desarrollo parte de la teorización de un modelo definido en varias etapas (dentro del proceso de crecimiento), que son válidas universalmente. Estos estadios definidos por Rostow son: *a*) sociedad tradicional; *b*) etapa preparatoria del despegue (es el momento de realizar esfuerzos de inversión previos a la industrialización económica del país y la construcción de un Estado moderno en el plano político); *c*) etapa de despegue (en la que se produce definitivamente la transición industrial —en muy pocos casos se trata de una verdadera revolución industrial— a la vez que se producen avances significativos en el sector de producción primaria); *d*) etapa de madurez (en esta fase la inversión supera

ya el 10 por 100 de la renta nacional y se dedican recursos consistentes a la investigación y desarrollo tecnológico), y e) etapa de consumo de masas (el elevado nivel de la renta *per capita* potencia el surgimiento y afianzamiento de una industria importante de bienes duraderos tales como automóviles y electrodomésticos). Esta es una concepción simplista del subdesarrollo. El problema del subdesarrollo se soluciona, según el esquema de Rostow, mediante una inversión inicial suficiente —que promueva el salto del Estado a la etapa de despegue, a partir de la cual se consigue entrar en la esfera del desarrollo autosostenido.

¿Existen ciertamente unas vías de desarrollo y evolución generales preestablecidas para todos los países del mundo? ¿No se trata más bien de una nueva falacia decimonónica que es necesario erradicar? La propia realidad social muestra cómo es un gran «atropello» el intentar reducir a un molde ordenado las distintas experiencias históricas, culturales y sociales de países que evolucionan al mismo tiempo en un escenario mundial especialmente desigual y polarizado. Las causas primeras del fenómeno del subdesarrollo se encuentran analizando y comprendiendo las bases estructurales fundamentales de la economía internacional. En este sentido, las teorías de los estadios son ilusorias y simplistas. Por todo ello deberían ser científicamente insostenibles en las investigaciones sociales actuales⁸.

Como quinto postulado hay que tener en cuenta que, en el marco disciplinario de las Ciencias Sociales, dos hipótesis decimonónicas pasaron a ser normas dogmáticas aplicables durante el siglo xx. Por un lado, la *diferenciación progresiva* se presenta como la causa última del cambio social a gran escala y, además, se configura como mecanismo rector del progreso social.

Los/as científicos sociales del siglo xix idearon un aparato ideológico en el cual las sociedades formaban un *continuum* que iba de lo simple a lo complejo, siendo la diferenciación el principio generador de este evolucionismo social hacia una complejidad mayor (complejidad que se consideraba creadora de fuerza y riqueza). Las sociedades más fuertes (éste es el principio del darwinismo aplicado en las Ciencias Sociales), es decir, las más diferenciadas, son las que sobreviven. De esta forma, cada uno de los/as teóricos buscó la definición de una variable que midiese esa diferenciación relativa de unas sociedades a otras para así catalogarlas en grupos o tipos. «Los economistas lo tuvieron de lo más fácil. Para muchos de ellos, el término desarrollo significaba una renta nacional en aumento, o la renta

⁸ Está la corriente que concibe el desarrollo y subdesarrollo como partes interconectadas de un único sistema económico mundial. Dentro de los defensores de esta postura (en contra, pues, de las denominadas teorías del desarrollo) destacan Samir Amin, Arghiri Emmanuel y André G. Frank. Véanse Samir AMIN, *La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del desarrollo* (Madrid: Siglo XXI, 1974); Arghiri EMMANUEL, *El intercambio desigual. Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales* (Madrid: Siglo XXI, 1973).

per capita» (pp. 63-64). Esta renta nacional es la variable de estudio primordial de los modelos convencionales del siglo XIX. Por una parte, proporciona un ordenamiento, una jerarquía de todas y cada una de las regiones del mundo, y, por otra, la posición especial ocupada en la escala define un *status* particular dentro de la riqueza y el bienestar económico internacional⁹. Los/as científicos políticos, sociólogos, antropólogos, historiadores buscaron su índice alternativo y exclusivo (pero subsidiario a la vez que complementario al de la renta nacional) para concretar este grado de diferenciación intersocial. Así nace el desarrollo político, educativo, de las comunicaciones, y escalas tales como la esperanza de vida, proporción de la población total en ciudades, tamaño de las familias¹⁰. Con ellos aparece también toda una terminología decimonónica: países desarrollados, subdesarrollados, países en vías de desarrollo o países de desarrollo tardío. Son conceptos que hoy en día devienen obsoletos dada la complejidad internacional, aún más cuando se evidencia ya un nuevo orden mundial económico, político y social hasta ahora nunca predecible por los/as teóricos¹¹.

La *diferenciación no es un proceso de cambio fundamental*, aspecto clave para entender la esencia del avance social. Sin descartar nunca la diferenciación como proceso de cambio importante en algunos casos, hay que resaltar que muchos de los cambios del siglo XX son el resultado de una singular *desdiferenciación* —incluso siendo el aspecto de la diferenciación irrelevante para algunos de ellos—. Tampoco debe deducirse de tal oposición que el proceso fundamental sea la concentración, ya que asimismo es equivocado. Es necesario, pues, optar por unos postulados más flexibles, menos rígidos y categóricos. Se confía en que el aparato instrumental sirva como un sistema de cláusulas generales, aplicables según cada circunstancia histórica y cada hecho real localizado en concreto.

⁹ Los diferentes argumentos del siglo XIX están interrelacionados, de forma que uno afirma y completa al otro en armonía. Así resulta el diseño de toda una metodología propia y autosuficiente con sus propios esquemas convencionales sobre las organizaciones y el cambio social.

¹⁰ Se persigue una ordenación estadística a partir de los indicadores (diferencias cuantitativas). Se eluden las diferencias cualitativas y, en muchas ocasiones, explicativas de los fenómenos sociales. En la actualidad se tiende a incorporar ciertos requisitos cualitativos como el estudio de la igualdad en la distribución de la renta, mejora de la calidad de vida. Así surgen nuevos indicadores sociales como el Índice del Desarrollo Humano (ideado por Naciones Unidas), el Índice del Bienestar Económico Duradero (creado por Daly y Cobb) y, recientemente, el Índice Internacional del Sufrimiento Humano (fijado quinquenalmente por el Comité de Crisis de Población a partir de diez variables diferentes). Todo ello es una muestra de que, a pesar de todo, aún se busca la variable o indicador único que mida esa diferenciación progresiva de unas sociedades a otras.

¹¹ Lester R. BROWN, «Un nuevo orden mundial», en L. R. BROWN, *La situación en el mundo. Un informe del Worldwatch Institute sobre el desarrollo y medio ambiente* (Madrid: Apóstrofe, 1991), pp. 17-43; Alexander KING y Bertrand SCHNEIDER, *La primera revolución mundial. Informe del Club de Roma* (Barcelona: Plaza y Janés, 1991), pp. 27-174; Ramón TAMAMES, *El nuevo orden mundial* (Madrid: Espasa-Calpe, 1991), 316 pp.

En sexto lugar, la unidad del pensamiento en el siglo XIX se basa en la división radical entre fuerzas del orden y fuerzas del desorden. Es más, el estado del orden social depende de cuál sea el *equilibrio entre los procesos de diferenciación y los procesos de integración o control*. Así, cuando la diferenciación (con todas las formas que puede adoptar, aumentando la diversidad y pluralidad de formas sociales) supera a la integración (que puede ser el resultado del control social, la solidaridad, la obligación mutua), aparece el desorden.

Simplemente es insostenible en la actualidad un planteamiento de estudio social para el cual los fenómenos de la sociedad sean reducibles a fuerzas de integración y fuerzas de desintegración. Ese sistema de tipificación bipolar, tan difundido como estricto, lleva sólo a la emisión de postulados dogmáticos, malentendiendo y simplificando de manera exagerada los conceptos de «cambio social», de «estructuras sociales» y de los «procesos amplios». La clasificación responde a unos deseos de unidad y de síntesis vastos e incorrectos para el interés que ocupan hoy en día dentro de las disciplinas sociales.

Especialistas en diferentes campos han aportado alternativas al esquema de la diferenciación-integración-desorden-orden (los cuales en numerosas ocasiones no consiguen evitar el caer en formulaciones tautológicas). Dentro de los niveles del argumento clásico hay que destacar las teorías de la solidaridad-movilización dentro del estudio del conflicto y la acción colectiva. Estas reformulaciones muestran cómo la solidaridad mueve a la acción colectiva. También están las teorías de la crisis-privación (Anthony Oberschall)¹². No obstante, aún sabiendo que el cambio social rápido no provoca una tensión generalizada —ni que ésta crea formas alternativas de desorden (como función propia de las vías de escape disponibles)—, se debe reconocer que «el debate continúa abierto» (p. 73).

El séptimo postulado falso comporta la idea de que el *cambio estructural excesivamente rápido genera una serie de tensiones generalizadas*, las cuales se manifiestan a través de *diversos tipos de desorden* (todos ellos *equivalentes*). Según Tilly, es falso pensar en una equivalencia de las diferentes formas que adopta el desorden. Simplemente, no es cierta tampoco la idea según la cual el cambio ilimitado produce tensión, violencia, y que, en consecuencia, el cambio dirigido (y restringido) conduce a la integración, progreso, satisfacción y autocomplacencia social. Son muchos los/as científicos que, por medio de una «ecuación» de crimen, violencia, suicidio, alcoholismo, drogadicción, inestabilidad familiar, rebelión popular, movimientos migratorios (o, tal y como se definen, «comportamientos censurados o reprobables»), clasifican incondicionalmente al desorden, la desorganiza-

¹² Harry ECKSTEIN, «Theoretical approaches to explaining collective political violence», en el *Handbook of Political Conflict* (editado por Ted R. Gurr, 1980); Anthony OBERSCHALL, «Theories of Social Conflict», *Annual Review of Sociology*, 4 (1978): 291-315.

ción, la inadaptación o la dislocación social. Todas estas conductas se consideraban consecuencia inmediata del mal funcionamiento de los individuos y/o la sociedad, del cambio social acelerado y no asumido plenamente o también del resultado inevitable de las tensiones existentes en el núcleo social. A la vez que se planteaban como «problemas sociales» a resolver planteamientos pendientes de solución teórica (gracias a la colaboración de los/as pensadores sociales) y práctica por parte de los/as que ocupan el poder¹³.

Las investigaciones empíricas llevadas a cabo por numerosos estudiosos/as sociales empiezan a dar evidencia del fallo de tal argumento típico. Todos esos estudios y análisis sobre parcelas consideradas supuestamente «desorganizadas» o «desordenadas» detectan diferentes formas de orden existente en el seno de todo lo que se suponía en principio como desorden¹⁴. Así, por ejemplo, muchas de las teorías del desarrollo y de la crisis manifiestan el grado de desorganización y atomización de los movimientos migratorios, además del *shock* cultural o las dificultades de integración y adaptación social de los mismos, provocada principalmente por las diferencias entre etnias, culturas y formación profesional (complicado aún más por los brotes de xenofobia y racismo cultural, histórico y racial de los últimos tiempos). Recientemente, los estudios sobre inmigrantes africanos y latinoamericanos demuestran cómo en numerosas ocasiones se asientan en las ciudades desarrolladas grupos de emigrantes rurales creados mediante la denominada «migración en cadena». De esta forma se observan ciertas pautas de coherencia y orden en las conductas migratorias hasta ahora presentadas como desorganizadas. Agrupar la destrucción de familias con la violencia juvenil o la drogadicción en un mismo patrón generador de resultados idénticos es una cuestión de equivalencia de la que aún no tenemos evidencia definitiva. Por tanto, es incomprensible postular por una equivalencia inexistente de varios tipos de desorden.

El octavo, y último, postulado erróneo se origina siguiendo con la presumida y marcada separación entre los mundos del desorden y del orden; surge la argumentación acerca de las fuerzas legítimas *versus* fuerzas ilegítimas. No se puede defender la separación absoluta entre formas de coerción, conflicto y expropiación «legítimas» e «ilegítimas». «La *distin-*

¹³ Para otros autores, estos problemas sociales son incluso los costes necesarios e inevitables del desarrollo y del progreso social, político y económico de la comunidad. Tal y como expresa Eisenstadt (en una cita recogida por Tilly en la p. 74 de su libro): «El hecho mismo de que la modernización conlleve continuos cambios en todas las esferas de una sociedad significa forzosamente que ello implica procesos de desorganización y dislocación, con el surgimiento constante de problemas sociales, escisiones y conflictos entre grupos diversos, así como movimientos de protesta, de resistencia frente al cambio. La desorganización y la dislocación constituyen así un componente básico de la modernización, y toda sociedad moderna y modernizadora tiene que enfrentarse a ellas.»

¹⁴ Véase el libro de Jesús M. DE MIGUEL, *El mito de la sociedad organizada* (Barcelona: Península, 1990), 171 pp.

ción es impracticable porque acciones prácticamente idénticas caen a ambos lados de la línea de separación» (p. 77). «Los mismos actos pasan de ser ilegítimos a ser legítimos cuando los realiza una autoridad constituida [...] Matar aparece [...] con valores muy diferentes. Los valores dependen de si el verdugo es un soldado, un policía, un mero ejecutor o una persona privada» (p. 76). Incluso es una *distinción engañosa* porque en sí misma incorpora las ideas decimonónicas acerca de la lucha continua entre diferenciación e integración y también de la supuesta equivalencia de las distintas formas de desorden.

Dentro de las fuerzas legítimas se describen la guerra, el control de las masas, la pena capital, la prisión, los impuestos y el embargo estatal. Se conciben como efectos de los procesos de integración y control. El conflicto ilegítimo, la coerción y la expropiación (fuerzas ilegítimas) están constituidos por los disturbios, la rebelión, el asalto, los tumultos defensivos, el robo y el fraude. Son comportamientos que resultan según la concepción decimonónica de los propios procesos de desorden (y, previamente, de una diferenciación elevada).

Sin cuestionar la necesidad tanto política como social de respetar esta barrera divisoria entre lo lícito y lo ilícito, se debe criticar esta radical distinción sistemática y analítica con cargas ideológicas. Ambas categorías estrictas, diferentes analíticamente hablando, obstaculizan la comprensión de los fenómenos, así como la realización de un programa correcto de análisis de la realidad social. Tilly insiste en: «Que esto sea un epitafio para los ocho postulados perniciosos que los científicos sociales heredaron del siglo XIX. Sin excepción alguna, esos ocho postulados llaman la atención sobre importantes procesos; procesos que atemorizaron a nuestros antecesores del siglo pasado, procesos que hoy en día continúan siendo influyentes. Sin excepción alguna, los ocho postulados construyen esos procesos de forma tal que dificultan su análisis sistemático» (p. 80). Si la división estricta entre formas de orden y desorden a la hora de explicar el cambio social no parece ser satisfactoria, si es equívoco el hecho de que la diferenciación sea concebida como el factor inevitable del cambio social, si se piensa que es posible el cambio social sin tensión generalizada, se deduce entonces de todo ello que el bagaje intelectual legado por el siglo XIX es ya inservible y ha llegado su fin académico.

HACIA UNA NUEVA METODOLOGIA

Los ocho postulados erróneos del siglo XIX están vivos aún en la actualidad científica social. Por eso mismo pueden convertirse en un freno peligroso para la continuidad científica de la ciencia. Una vez revisados

tales planteamientos y, además, como alternativa al propio aparato ochocentista (teorías de dominación social y desarrollo político-económico, entre otras), se evidencia necesaria y, además, se busca una nueva metodología, un programa de estudio con unas características peculiares. Los programas de examen social deben analizar los procesos sociales a partir de unas bases históricas concretas. Es decir, que en los estudios se debe hacer referencia a un espacio, a una población y un tiempo sin intentar incurrir en generalizaciones, siempre imprecisas y erróneas —es imprescindible determinar el cuándo tienen lugar ciertos procesos claramente definidos, dónde y a quiénes afectan. La propuesta es un esquema de investigación que permita «analizar [los cambios] comparativamente a partir de bloques sustanciales de espacio y tiempo para así poder apreciar hasta dónde hemos llegado, a dónde nos dirigimos y cuáles son las alternativas reales que existen a nuestra condición actual» (p. 26). Además, el trabajo de investigación concreto e histórico debería tener lugar a la menor escala posible, a la vez de que no tiene por qué hacer referencia al pasado lejano.

Como estrategia para el estudio de estructuras y procesos amplios, el programa de análisis social debe, además, promover la comparación como forma científica ideal de estudio social. El motivo intelectual principal consiste en dedicarse al fomento del buen análisis, al análisis explicativo y correcto. Para ello hay que analizar comparativamente. «La comparación sistemática de estructuras y procesos [...] nos permitirá contemplar nuestra situación con perspectiva [...] además nos ayudará a identificar las causas y los efectos» (p. 26). La metodología comparativa se convierte en algo quizá complejo, pero satisfactorio por ser completa e instrumentalmente eficaz a la hora de analizar las grandes estructuras sociales de nuestro tiempo. El estudio comparativo es propiamente una investigación reflexiva y sistemática, donde el científico/a social descarta las generalizaciones como vía y objetivo único de la investigación, a la vez que opta por la utilización de recursos históricos.

El objetivo de esa metodología es entender los procesos de modernización política y económica durante los últimos trescientos años. Debe ser capaz de exponer una serie de enfoques sobre el surgimiento del Estado moderno, fenómenos revolucionarios, procesos de democratización y otros en lo referente a la industrialización, comercio internacional, relaciones de producción, proceso de urbanización y organización capitalista.

Con una intención desmitificadora se trata de aliviar la carga ideológica del siglo XIX sin despreciar nunca las aportaciones de las diferentes Ciencias Sociales hasta el presente. Las mismas razones que forzaron a los/as burócratas a preocuparse por el mantenimiento de un orden estable, impulsaron a los/as primeros pensadores sociales a desarrollar investigaciones acerca de las condiciones de vida, a realizar censos por ciudades y pueblos, a recoger datos y aplicar conocimientos estadísticos, obteniendo

documentos verdaderos de la vida real. Todo ello significó un importante avance para las Ciencias Sociales. Es imprescindible, sin embargo, una alternativa innovadora con la cual resolver con éxito el reto que supone el investigar y saber explicar la realidad social actual. En este sentido se presenta un nuevo paradigma de análisis que utiliza su instrumental propio sujeto a las necesidades sociales y al carácter científico al que deben adscribirse las doctrinas sociales (si es que todavía desean revisar sus planteamientos de estudio frente al dinamismo social de los últimos siglos).

Los intentos de restaurar el rigor científico en la metodología de estudio social, por desgracia, tienden a perderse en «abstrusas disquisiciones metodológicas entre las diversas estrategias comparativas»¹⁵. No queda demasiado claro si estos enfoques convencionales de los cambios sociales, si los postulados perniciosos del siglo XIX tienen, aparentemente, alguna alternativa. La opción propuesta consiste en facilitar a los/as científicos sociales la utilización de un instrumental metodológico difícil de manipular, y mucho más complicado de saber aplicar correctamente según cuál sea el objeto concreto del estudio social.

Frente a este paradigma decimonónico de las Ciencias Sociales, no puede insinuarse que el campo de la metodología comparativa y crítica sea ciertamente brillante. Da la sensación de que la voluntad de romper con ciertos esquemas y visiones dogmáticas, la propia complejidad con que se presenta la realidad social, la influencia inconmensurablemente fuerte del contexto sociopolítico y la posición en el seno de las estructuras académicas vigentes heredadas del siglo XIX sean razones importantes que ayuden a comprender la limitación del programa de análisis concreto con base histórica y comparación sistemática. Tales elementos explican también por qué se consigue poco con la elaboración de análisis interpretativos de la realidad social.

La única esperanza consiste en que los/as investigadores sociales «tendan cada vez más hacia la comparación con una base histórica de un número limitado de experiencias, y que en el camino se deshagan de cualquier residuo de los postulados perniciosos del siglo XIX referentes a las grandes estructuras y los procesos amplios» (p. 177). Al margen de esas esperanzas, lo cierto es que *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* presenta la concepción y descripción de una alternativa de investigación de nuestro siglo. Existe voluntad para resolver con éxito el eterno objetivo de la Sociología de investigar y explicar la realidad social de nuestros días a partir de un mejor conocimiento de la realidad social histórica, así como de las pautas de evolución social. Este planteamiento metodológico nuevo ocupa un lugar determinado en cuanto al sujeto y al

¹⁵ Debo tal cita a Enrique Gil Calvo, en su recensión del libro de Charles Tilly: Enrique GIL CALVO, «Límites de la sociología histórica: Charles Tilly y la renovación de las ciencias sociales», *El País*, 26 octubre, «Suplemento Babelia» (1991): 20.

objeto de análisis. Revitaliza la función del científico/a social promoviendo que éstos/as se instalen en la realidad social, se planteen problemas de esa realidad y cuestionen cualquier esquema prefijado de análisis. Lo que se pretende es un nuevo sistema de investigación de la realidad social. Todo un reto.

TEXTOS CLASICOS